

# LA ESPADA DEL REY

Cristina Amor

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: La Espada del Rey

© 2007 Cristina Amor Mancebo. Reservados todos los derechos  
© 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Octubre 2007

ISBN:978-84-96692-72-5

Depósito Legal: M-40262-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

**Editorial ViaMagna**  
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta  
Barcelona 08017  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

Eran tiempos difíciles y turbulentos para Europa. Años de continuas invasiones de vikingos desde el norte y magiares y árabes desde el este, habían devastado y asolado regiones enteras. Los campos ardían, las cosechas se perdían, la enfermedad y la hambruna se convertían en dueñas y señoras de miles de almas. La autoridad de los reyes se veía cada vez más mermada frente al creciente poder de la nobleza. Las luchas internas entre señores feudales se repetían con tanta frecuencia que llegaban a convertirse en costumbre. Las tierras de cultivo eran abandonadas por los campesinos que procuraban refugio en los castillos de sus señores. La vida se desarrollaba en las seguras plazas de cada vez más vastas fortificaciones y las tierras del señor se dejaban a la suerte de saqueadores y enemigos. El desgobierno y la anarquía se extendían por todos los reinos y Francia no era una excepción.

Desde que en el año 877 d.c. Carlos II se viera obligado a declarar todos los títulos y feudos de la nobleza hereditarios y a decretar que ningún hombre libre tenía obligación de seguir al rey, los descendientes de la dinastía carolingia se habían convertido en meros señores feudales a merced del apoyo de estos. Se había anulado así la autoridad real y su poder de actuar frente a los abusos de la nobleza. Los hombres que hubieran conseguido hacerse con un caballo y disponer de armas se agrupaban en torno a los señores, que procuraban formar sus propios ejércitos para garantizar su defensa o la conquista de nuevas posesiones. Estos hombres serían denominados con el tiempo *caballeros*, condición que les aportaría privilegios y

## CRISTINA AMOR

feudos y que les uniría por un inquebrantable voto de fidelidad a sus señores.

La Iglesia, propietaria de extensos latifundios y monasterios, veía amenazar su poder por el constante desenfreno. Para intentar poner fin a esa situación, se nombró a sí misma árbitro entre reyes y señores con la posibilidad de crear reinos y deponer soberanos. Su influencia era cada vez mayor y su seno caldo de cultivo de conspiraciones, corrupciones e intrigas. Con el fin de proteger sus tierras y riquezas se puso en manos de caballeros, que en poco tiempo se impregnarían de su ideario cristiano.

Bajo estos auspicios llegaba el año 983 d.c. año en que el Papa coronó emperador de Alemania, Italia y las regiones lotaringias a Otón III. El resto del antiguo imperio de Carlomagno, Francia, era gobernado por Lotario II y su hijo Luis V, últimos herederos de la dinastía carolingia. A semejanza de Otón, Lotario se había visto obligado a hacer innumerables concesiones a los distintos nobles que ejercían su poder en ducados y condados. Su hijo Luis era un hombre ambicioso y arrogante que no era bien visto por los señores feudales. Con la ayuda inestimable de la Iglesia y del hombre que llegaría a ser el papa Silvestre II, se fue poco a poco allanando el camino para que una nueva dinastía, surgida del poder feudal, reinara en Francia.



Adormilada sobre el esponjoso manto de la cálida hierba, pensaba en el lento caminar de las nubes. Se sentía dichosa. Miles de flores de vivos y brillantes colores habían invadido los campos. Los firmes brazos del sol parecían protegerlas frente a cualquier peligro y el clemente viento, las mecía de la misma forma que las madres primerizas lo hacen con sus recién nacidos. Su corazón se dejaba contagiar por esa vitalidad y, al igual que margaritas y amapolas, brotaban a cada paso

del camino, violetas, mimosas y orquídeas perfumaban cada rincón de su joven espíritu.

No había sendero o paraje que no hubiera sucumbido a tan esperada belleza. La vida emergía incluso entre aquellos muros que majestuosos e impasibles defendían la ruidosa plaza. Pequeñas pinceladas de turquesa, ocre y rojo salpicaban su rugoso aspecto, proporcionándoles una nota de color que los hacía algo menos orgullosos y algo más vulnerables. No había espacio para la tristeza, la indiferencia o el desánimo.

Sus pensamientos la delataban y empezaba a notar cómo sus mejillas comenzaban a sonrojarse. Era una muchacha bonita, o al menos eso le habían dicho, e incluso ya había pasado por el duro, pero a la vez divertido, trámite de tener que rechazar a algún que otro joven e incauto pretendiente. Sus verdes ojos y su rojizo y ondulado cabello solían ser el centro de atención de los numerosos halagos que recibía de los invitados de su padre.

Suspiró, ¿por qué él parecía siempre tan frío y distante? Bien era cierto que se mostraba afable y cortés con ella, sin embargo, nunca le había demostrado, aunque tan solo fuera un poco, cariño. Sacudió la cabeza y apartó de ella a su padre. No hizo falta mucho tiempo para que el recuerdo de Conrado hundiera en ella sus raíces. Él sí era atento y cariñoso, tanto, que no había tenido más remedio que enamorarse. Era tan guapo y galante, tan vigoroso y valiente, tan... inalcanzable. Y ella lo había intentado, bien lo sabían Constanza, Elena y el ecuánime Roberto. Sin embargo, sus insinuaciones y descaros habían sido reprochados con cierta sorna y displicencia. Pero hoy, las cosas tal vez pudieran cambiar, despertar en él sentimientos que por el frío invierno hubieran permanecido dormidos. Hoy la luz había borrado la niebla y la penumbra de un soplido. Hoy no había imposibles. Hoy cumplía quince años.

Hugo Capeto, duque de Francia y conde de Orleans y abad laico de Saint-Martin de Tours, de Marmoutier, de Saint-Germain-des-Prés y de Saint-Denis y Adelaida de Poitou, habían tenido cuatro hijos, Catalina, Roberto, Guillermo y Verania.

## CRISTINA AMOR

Había sido un matrimonio por conveniencia, largo y prolífico en descendencia que había terminado trágicamente con la muerte de Adelaida tras el nacimiento de su cuarta y última hija, Verania. Su muerte llenó de pesar y tristeza a sus hijos y también a su esposo aunque en menor medida. Sus hermanos Catalina y Guillermo siempre considerarían a Verania responsable de la muerte de su madre, negándole por ello la estima y el aprecio que hubiera merecido. No ocurrió lo mismo con Roberto, que vio en ella la alegría y bondad de su querida madre. Su padre siempre se mostró distante con todos ellos, con la única excepción de Roberto que había sido su primer hijo varón.

El calor y los cuidados que Verania no recibió de su madre, los recibió de Juana. Su hija Constanza vino al mundo solo un par de días antes de que lo hiciera Verania. Fue ella quien la amamantó y cuidó durante sus primeros días, meses y años. Juana fue como una madre para ella y Constanza y Elena, primogénita de Juana, las dos hermanas que le proporcionaron la complicidad y compañía que nunca le dio Catalina.

Juana era la cocinera del Duque. De orígenes castellanos, sabía preparar el pan como nadie y la fama de sus dulces y bizcochos había traspasado fronteras, siendo conocida incluso por el rey Luis V. Y era el olor de ese pan recién horneado una de las pocas cosas que hacía volver a Verania del mundo de los sueños, ese en el que Conrado se batía en armas por ella y por su amor eterno.

Conrado era el mejor amigo de su hermano Roberto. Roberto y él se ejercitaban juntos en el manejo de la espada y la lanza y en el complejo arte de la doma del caballo. Su padre, nombrado caballero por el rey Lotario II, había sido durante muchos años amigo fiel del Duque, amistad incondicional que con los años se había transmitido a sus hijos. Conrado sería también caballero, y los caballeros eran ejemplo de lealtad, honor, disciplina y respeto. Sus virtudes eran ensalzadas y alabadas en distintos poemas y canciones de la época y sus heroicos actos eran admirados por señores y vasallos. Un hom-

bre así era el sueño de cualquier dama y Conrado, era su sueño. Sin embargo era seis años mayor que ella y no parecía mostrarse ni excesiva, ni ligeramente atraído por alguno de sus innumerables encantos. Lo cierto es que lo único que parecía interesarle eran las armas y la caza.

Verania solía acudir desconsolada a Roberto para que este pudiera interceder por ella ante Conrado. Pero Roberto no pudo hacer nunca nada por ayudarla, las doncellas como ella no podían ser las damas de un caballero, ni mucho menos pretender su amor y su entrega. Roberto se sentía apiadado de los tiernos sentimientos de su joven hermana, pero no podía por menos que esbozar una sonrisa cuando, desde muy niña, la veía intentar conquistar a su amigo con flores y algún que otro obsequio. Ofrendas que cambiaron con el tiempo y que dejaron paso a los dulces de frutas silvestres, que si bien se mostraban exquisitos al paladar y al estómago, si se comían en exceso podrían traer consecuencias nefastas y muy poco caballerescas.

Catalina era un año mayor que Roberto. Su nacimiento había significado una gran decepción para el Duque que había esperado que su primogénito fuera varón. Motivo por el que Catalina siempre se sintió más unida a su madre. Roberto fue siempre objeto de sus burlas y desprecios. Era demasiado bueno, demasiado soñador y compasivo. Fueron las ansias de encontrar el cariño de su padre las que la llevaron a aceptar sin protesta el matrimonio con el duque de Champagne. Matrimonio que hizo ganar una alianza a su padre y a ella un aprecio que era lo único que le importaba. Se había sentido también atraída por el apuesto Conrado y quiso utilizar su futuro matrimonio para sembrar en él el desasosiego de los celos. Sin embargo Conrado despreciaba a Catalina, le parecía cruel, despiadada, ambiciosa y egoísta y su matrimonio fue para él un regalo del cielo.

Guillermo era muy parecido a Catalina. Ambos compartían secretos y mentiras. Pero a diferencia de Catalina, Guillermo era de constitución débil y enfermiza. Cualquier cosa lo enfermaba. No podía tolerar muchos alimentos y los cambios de tiempo le afectaban de tal forma que en ocasiones

## CRISTINA AMOR

le impedían levantarse de su lecho. Envidiaba la salud de Roberto, la energía de Verania. Fue su débil estado de salud lo que motivó al Duque a ingresarlo en la abadía de Saint-Denis, entre cuyas cuatro paredes se convertiría en un implacable defensor del cristianismo frente a la herejía.

Cuántas veces hubiera deseado Verania ser hija de Juana. Constanza y Elena envidiaban las telas de sus vestidos, las gargantillas y abalorios que solía lucir en los banquetes y fiestas que organizaba su padre, la suavidad y palidez de sus manos frente a los sabañones y las grietas que dejaba el frío en las suyas. Suspiraban por las fragancias y esencias con las que perfumaba su pelo, en fin, por todas aquellas cosas que hacían de Verania su señora y de ellas sus sirvientas. Para Verania todo aquello eran simples menudencias, detalles sin importancia que a la larga acabarían convirtiéndose en los amargos garantes de su futuro servilismo. Porque en el fondo ella también era un objeto caro, un bello y delicado presente que afianzaría alianzas políticas y engendraría herederos. Al fin y al cabo, ese era el precio que debería pagar por ser quien era. Hugo Capeto, Guillermo, Roberto, y Conrado, serían los encargados de hilar su destino, y bien sabía que entre los hilos que tejían sus manos se mezclarían la ambición, la envidia, la traición y la injusticia. El amor les estaba reservado a Constanza y a Elena, para ella ya estaba dispuesto un hermoso y elegante yugo.



La voz de Constanza la sobresaltó.

—Señora, deberíamos volver. Al Duque no le gustará saber que nos hemos alejado tanto.

Tenía razón. Centrada en la búsqueda de las codiciadas bayas que tanto gustaban a su caballero Conrado, no se había dado cuenta de lo mucho que se habían adentrado en el bosque.

Se pusieron en marcha. Habían llegado al bosque siguiendo el camino que bordeaba la orilla del río. Era uno de

sus caminos favoritos y se accedía a él fácilmente desde una de las puertas laterales de la protectora muralla. Les encantaba ir al bosque. Desde tiempos antiguos había sido objeto de todo tipo de cuentos e invenciones. Delicadas hadas y burlo-nes enanos fueron en otra época moradores y guardianes de tan humilde morada. Hubieran dado cualquier cosa por ver a alguno de aquellos fantásticos seres dotados de poderes mágicos. Incluso en una ocasión Constanza y Elena convencieron a Verania de renunciar al amor de Conrado a cambio de poder hacer realidad tan fabuloso deseo. Sin embargo nunca pudieron gozar de tamaño privilegio y como mucho lo único que encontraron en el bosque fue alguna despistada nutria que corría a esconderse nada más sentirse observada. Aun así, no perdieron la esperanza de encontrarlos y siempre que bajaban al bosque lo hacían despacio y observando atentamente y con cuidado todo cuanto se movía.

Podrían haber vuelto por el camino del río, pero prefirieron volver por el que se conocía como sendero de los molinos. Aprovechando el irregular trazado del cauce del río, algunos campesinos habían empezado a construir pequeños molinos de agua. Verania se podía pasar las horas muertas viendo cómo hacían desaparecer los granos de trigo. Le parecía algo tan extraordinario como las hadas del bosque.

Una vez pasado el sendero, dejaron a sus espaldas el río y dirigieron sus pasos hacia el páramo. Llegado a este punto del camino, el bosque parecía desvanecerse de repente. El ruido del agua y de los pájaros se hacía imperceptible. Los rayos del sol, que apenas se filtraban entre las hojas de los árboles, iluminaban con total libertad su yerma y desabrigada superficie. Lo rodeaba un fino velo de altos árboles entre cuyas ramas podían ver con claridad la muralla y en lo alto del cerro la majestuosa silueta del castillo de Senlis.

Entraron a la bulliciosa plaza por la puerta principal de la muralla. Era día de mercado. Campesinos venidos de lejos acudían a vender coles, cebollas, gallos o cerdos a cambio de arneses para sus bueyes, prendas de piel con las que proteger-

## CRISTINA AMOR

se del frío, ollas y pucheros en los que cocinar o armas con las que defenderse.

La actividad era frenética. Gallinas que eran perseguidas por traviosos niños, carros que arrollaban a cualquiera que osara cruzarse en su camino, mujeres discutiendo por el precio de la fruta, ladronzuelos llevándose alguna que otra pieza; tempestad sobrevenida a la silenciosa calma del bosque.

Encontraron entre toda aquella gente a Gabriel con sus hermanos. A sus catorce años se había ganado las simpatías de Roberto y Conrado, quien le había atribuido funciones de escudero. De vez en cuando le enseñaba a manejar la espada y el escudo e incluso dejaba que le acompañara en alguna de sus cacerías. Su padre se sentía tan orgulloso de él que le labró con sus propias manos una espada y un escudo de madera con el emblema del duque de Francia. Para sus dos hermanos pequeños Gabriel era tan digno de admiración que no se cansaban de alabar sus proezas ante el resto de sus amigos. Por su pobre condición tal vez nunca llegase a ser caballero, pero sin duda lo era en el corazón de todos aquellos que lo conocían.

Cuando Verania lo vio en la plaza llevaba sujetos a sus dos hermanos por las orejas. De todos era sabido que eran dos niños inquietos y traviosos que aprovechaban cualquier descuido de su padre para escaparse y hacer mil perrerías. Al parecer en esta ocasión los habían descubierto escondidos debajo del tenderete del vendedor de queso y leche, bebiendo su preciado líquido mediante finos tallos huecos que colocaban disimuladamente en el cubo. Si no hubiese llegado Gabriel a tiempo, el ofendido vendedor los hubiera molido a palos. De todas formas les caería una buena reprimenda.

Al percatarse de la presencia de las tres muchachas, Gabriel se dirigió hacia ellas con las orejas de sus hermanos entre los dedos. Verania se detuvo para saludarlo pero Constanza al ver cómo se acercaba apretó el paso.

—¡Constanza! ¡Quieres hacer el favor de pararte! —Le susurró Verania.

—Señora llevamos prisa y no deberíamos perder el tiempo parándonos a charlar con holgazanes y perezosos como este. Además, no quiero verle.

—Vamos no seas rencorosa. Ya te pidió perdón. No deberías portarte así con él. Es noble y bueno y te aseguro que con el tiempo te arrepentirás de haberle retirado el saludo.

Verania no pudo evitar reír para sus adentros, a veces el amor no era como uno esperaba. Recordaba perfectamente la escena que Gabriel y Constanza habían vivido un par de semanas antes.

Gabriel le parecía un muchacho tierno, trabajador y humilde. Entusiasta y soñador, se desvivía por contentar a su hermano y a Conrado. Verania se sentía reflejada en él y cuanto más tiempo pasaba Gabriel con ellos, más tiempo le parecía estar pasando a ella. Le gustaba obsequiar su entrega con algún que otro dulce de Juana que él solía partir en cuatro pequeños pedazos para repartirlos luego con su padre y hermanos. Con el tiempo, pasaron de compartir dulces a compartir confidencias. Gabriel supo entonces lo muy enamorada que estaba Verania de Conrado y ella descubrió el creciente interés que sentía él por su amiga Constanza. Así los dos comenzaron a compartir alegrías y tristezas, aunque en realidad solían ser estas últimas las que más predominaban.

Verania intentó ensalzar la figura de Gabriel a ojos de Constanza. Gabriel esto, Gabriel lo otro, si dijo si no dijo, y tal vez tanto insistió que Constanza comenzó a interesarse discretamente, muy discretamente, por él. Tan eufórica se sintió entonces Verania que trazó un rebuscado plan para que se encontraran a solas de una vez por todas. Sin duda, nada hubiera sido posible sin la inestimable ayuda de Roberto. Pues bien, debían de coincidir en el gallinero. Verania le pediría a Constanza que fuera allí a recoger una docena de huevos para servir en la cena. Al mismo tiempo entretendría a Elena en la cocina para impedir que le acompañara, pues las dos hermanas solían ir juntas a todos los sitios. Por su parte, Roberto tenía que mandar a Gabriel también al gallinero y era esta, la

## CRISTINA AMOR

parte más difícil del plan, pues no había razón ni motivo alguno para enviar a Gabriel a un sitio como aquel. Roberto recurrió a su inestimable ingenio para convencer a Gabriel de las grandes propiedades que tenía el huevo a la hora de abrillantar las armas. Sin duda, el espesor de la yema le proporcionaba resistencia ante el continuo desgaste al que se sometían debido a las inclemencias del tiempo, y la clara les daba brillo y las hacía más suaves al tacto. Insistió tanto que hasta Conrado empezó a creerse esa historia.

Con la excusa de la cena y de poder poner en práctica la novedosa técnica del huevo que tan obsesionado tenía a Roberto, Constanza y Gabriel se encontraron en el gallinero. Y las cosas tal vez no hubieran salido del todo mal si Gabriel no hubiera intentado besarla. Y tampoco se hubieran estropeado tanto, si Constanza no hubiera respondido a tal atrevimiento abofeteando al irrespetuoso Gabriel, que no hubiera salido tan mal parado si no hubiera estrellado los huevos que llevaba en su mano en el pelo de Constanza. Y este fue el motivo por el que Constanza apretó el paso cuando se encontraron a Gabriel en la plaza.

—¡Hola Gabriel!, ¡buenos días! —saludó Verania.

—¡Buenos días señora! —contestó Gabriel.

—¡Buenos días! dijeron a dúo sus hermanos tras un elocuente tirón de orejas.

—¡Buenos días Constanza! —dijo Gabriel dirigiéndose a ella. Todavía se sentía avergonzado por aquel desgraciado incidente y no se atrevió a mirarla a la cara.

Constanza no respondió y giró ofendida la cabeza hacia otro lado.

—Creo que podrías soltarlos ya —dijo Verania mirando las amoratadas orejas de aquellos dos pequeños diablillos.

—Lo haré porque vos me lo pedís, señora.

Y al hacerlo salieron corriendo tan deprisa que ni montado a caballo les podría haber dado alcance.

—Seguro que no son tan malos.

—No os dejéis confundir por su inocente aspecto, son más malos que el hambre.

Se rieron los dos.

—¿Sabes si han vuelto ya Roberto y Conrado? —preguntó Verania.

—Sí señora. Volvieron hace ya un rato. Vuestro padre también está aquí, llegó esta mañana poco después de que salierais a pasear.

—Bueno, pues en tal caso me temo que no podemos permanecer aquí por más tiempo. Te veré más tarde ¡Adiós!

—¡Adiós! — Se despidió Gabriel mirando con tristeza a la esquiva Constanza.

Abandonaron la plaza y tomaron la única de las pequeñas callejuelas que conducía al castillo.

—Constanza —dijo Verania—, deberías olvidar el estúpido incidente del gallinero y perdonar a Gabriel de una vez. Ya sabes que es un muchacho muy popular en el pueblo y que tal vez no ande soltero para el día en que te hayas dignado a hacerlo.

—Sí —la apoyó Elena—. Deberías hacerlo

—Lo siento señora, pero no puedo. Bien sabéis que nunca me había interesado por él hasta que vos vinisteis a adularlo y alabarlo a mis oídos y mis ojos. Cierto es que empecé a sentirme más predispuesta hacia él que antes, pero tamaña ofensa no se la voy a poder perdonar en mucho, mucho, tiempo.

—Y qué fue lo que te molestó más, ¿que intentara besarte? o, ¿que estrellara los huevos contra tu cabeza?

Constanza se volvió hacia ella visiblemente molesta.

—Ambas cosas fueron igual de bochornosas e indignantes.

—¿Seguro que ambas cosas fueron igual de molestas? ¿Seguro que no te arrepentiste por un momento de haberle abofeteado y de no haberle dejado que te diera tan noble y casto beso?

—Os puedo asegurar que ni por un momento deseé que me hubiera besado y si de algo me arrepiento es de no haberle dado más fuerte.

—¡Ah! No se puede hablar contigo. En verdad, no sé qué ha visto ese muchacho en ti.

## CRISTINA AMOR

Se separaron al entrar en el castillo. Constanza y Elena se dirigieron a la cocina donde las esperaba su madre. Verania subió al primer piso donde sabía que encontraría a Roberto y Conrado.



Los dos charlaban animadamente mientras bebían una copa de vino. Habían empezado a jugar al ajedrez pero dejaron la partida a medias para poder conversar tranquilos. Cuando entró Verania los sorprendió recordando cómo habían conseguido dar caza a un enorme jabalí.

—Siento interrumpir —dijo Verania.

—¡Hola hermanita! —saludó Roberto—. Ya sabes que tú nunca interrumpes, como mucho molestas y hoy no es el caso.

—¡Mira que eres impertinente! —le dijo a su hermano con cómplice gesto.

Se sentó a su lado y dejó caer el cuerpo suavemente sobre su hombro. Roberto rodeó con un brazo su cintura y la besó en la frente con ternura.

—¿Sabéis que hoy cumpla quince años? —les preguntó posando sus verdes ojos en los ojos de Conrado—. Ya no soy una niña y considero que podríais pensar tenerme en cuenta en algunos de vuestros juegos y charlas.

—No creo que os gustasen nuestras charlas. Hablamos sobre todo de caza y armas y una dama como vos seguro que no las encuentra interesantes— objetó Conrado.

La había llamado dama. «Una dama como vos» había dicho. Dama era algo más formal que «mi dulce niña» que era como se solía referir a ella normalmente. Se sentía feliz, muy feliz. Dama, dama..., debía contárselo sin falta a María.

—Seguro que no son tan aburridas como decís, además, dudo mucho que no sepáis hablar de otras cosas que sean más gratificantes para una dama —recalcó su última palabra.

—¿Por ejemplo? —preguntó Conrado.

—Del amor —contestó Verania.

Roberto miró divertido a Conrado. Se había metido él solito en la cueva del lobo y seguro que sería muy entretenido verlo salir de la trampa que le había tendido Verania. Ella era firme y constante y aunque durante los últimos dos años lo único que había recibido de Conrado eran corteses rechazos y fraternales abrazos, no cesaba en el empeño de conseguir su cariño.

—El amor es un asunto de enorme gravedad y respeto que está reservado solo para aquellos que estén dispuestos para tratarlo y vos sois aún una joven e inocente damisela que tiene todavía mucho camino por recorrer.

—Pues me temo que estáis equivocado y que pese a mi temprana edad ya he tenido la suerte de conocer la grandeza del amor —dijo ofendida.

—¡Perdonadme si os he molestado! —se disculpó Conrado—. Tan solo quería señalaros que el amor es más cierto y seguro cuando la experiencia y el destino lo han madurado y que hasta que eso no ocurre, más que amor es enamoramiento y en algunas ocasiones hermoso capricho que desaparece y olvida con el tiempo.

—Tal vez ese haya sido vuestro caso —replicó Verania—. Pero os puedo asegurar que el amor que yo siento no es veleidad ni capricho, ni es percedero con el tiempo. Mi amor es fuerte y valiente y arde en deseos de ser abrazado y correspondido aunque hasta la fecha ese no haya sido su sino. Pero debéis saber que no pierde la esperanza, que en su cálido y tierno lecho permanecerá latente hasta que por fin logre tirar las heladas puertas del corazón que anhela.

—No dudéis que eso os deseo —dijo cortés.

—Si en verdad eso desearais hace ya mucho tiempo hubierais abierto para él esas puertas.

—Muchas veces os he dicho que no he de ser yo quien os pretenda. Deberíais enseñar a ese corazón a buscar mejor su camino. Otras puertas se abrirán ante él con absoluta presteza admiradas de su candor y belleza.

## CRISTINA AMOR

—Sabéis que no le interesan otras puertas y que preferiría dormir eternamente antes que traicionar su entereza.

—He de reconocer que vuestra obstinación me sorprende y preocupa. Tal fluidez y pasión en la palabra halagarían sin duda oídos más nobles y dignos que los míos. ¿No estáis de acuerdo, Roberto?

Durante todo aquel intercambio de sutiles y no tan sutiles pareceres, Roberto había permanecido en un segundo plano actuando tan solo como mero observador. Distráido observando las flores que prendían del cabello de su hermana, había prestado poca atención a aquella apasionada, pero no por ello menos conocida, conversación. No sabía con certeza por cuál de los dos interceder. Adoraba a Verania, pero sabía que sus pretensiones no solo carecían de fundamento, sino que estaban abocadas al triste fracaso. Conrado solo veía en ella a la hermana pequeña que nunca tuvo y sabía, porque él ya lo había indagado, que no existía ni el más pequeño atisbo de que la pudiera mirar con otros ojos.

—Verania —le dijo— sabes que él tiene razón. No tiene objeto alguno seguir llamando a una puerta que no se abrirá nunca para ese joven corazón. Y no es que él no te quiera, pues te lo ha demostrado muchas veces, es que no es capaz de hacerlo como tú pretendes. Amar es algo que nace del fondo del alma, algo que se lleva dentro y que uno entrega sin contraprestación ni precio. No se puede obligar a nadie a amarnos, por muy merecedores de ese amor que nos sintamos y por mucho que sacrificáramos por él. Tu corazón merece ser amado con el mismo ardor con el que ama y eso, mi querida Verania, no lo encontrarás en el siempre racional Conrado.

—Haced caso a vuestro hermano —lo interrumpió Conrado—. No os atormentéis más por este ingrato caballero que lo único que pretende es poder serviros y lo único que consigue es haceros daño. No soy merecedor de vuestro amor, os lo aseguro. Buscad a alguien que de verdad os quiera y que no os torture más con esta cansina resistencia.

Verania se levantó orgullosa de su silla. ¡Qué sabrían ellos lo que era mejor para ella! Qué pretenciosos le parecían

intentando hacer borrar con simples sandeces tan enraizado sentimiento. ¿Acaso les parecía gracioso? ¿Es que no habían amado ellos alguna vez? No podía entender aquella férrea negación, aquella constante insistencia en buscar otro camino en la vida. Como si no lo hubiera intentado antes. Tantos rechazos y desmanes empezaban a hacer mella en aquel maltrecho corazón que para su desgracia no era capaz de renunciar a sus pasiones. Todo era inútil, todo. Nunca sería amada, ¡nunca! Se lo gritaba una y mil veces y lo lloraba todas las noches. Estúpida, estúpida, no lo sigas amando, él no te quiere. Nunca, nunca. Entiéndelo, ¡nunca! Y cuando por la mañana, con los ojos aún hinchados por el llanto, lo veía montar a lomos de su caballo, una tímida y solitaria lágrima caía por su mejilla. Es cierto que él no la amaría nunca, pero también lo era que ella lo amaría siempre.

—Me es igual lo que digáis —les dijo—. Tal vez mi amor no sea correspondido, ni las puertas de la felicidad se abran para mí, pero nunca me podréis arrebatarme la libertad de amar al que no me ama. No hay futuro, ni fe, ni esperanza en mi fratricida empeño, pero como tú has dicho, no se puede elegir a quien se ama, tan solo se ama. No os preocupéis por mí —se dirigió a Conrado— mi pesar y sufrimiento son solo míos y sin imposición los he aceptado. En el amor como en la guerra unas veces se gana y otras se pierde. Ahora, si me disculpáis...

Se disponía a salir de la habitación cuando Conrado cortó su paso. Bloqueaba la salida y, aunque Verania no quería mirarlo a la cara, lo tuvo que hacer para pedirle cortésmente que se apartara.

No os enfadéis conmigo —le dijo Conrado tomando sus manos y besándolas dulcemente—. Para mí sois mi bien más preciado y aunque no pueda daros lo que vos pretendéis de mí, siempre seré vuestro más fiel y leal caballero.

Verania retiró suavemente sus manos y con voz serena le dijo:

—Os agradecería os apartarais de la puerta. Me gustaría poder cambiarme antes de ver a mi padre.

## CRISTINA AMOR

Conrado se echó a un lado y la dejó salir lamentando haber sido tan duro con ella.

—Tal vez no debiéramos haber hablado así —dijo cuando hubo abandonado la sala.

—Tal vez —respondió Roberto—, pero temo que no haya otra forma de decirlo. Me duele más que a vos hablarle de ese modo, atreverme a hacerle renunciar a sus sentimientos a cambio de una promesa que tal vez nunca pueda cumplirse. Os aseguro que daría en prenda mi mano derecha si con ello pudiera conseguir que vos la amarais. Aunque de sobra sé que por ese motivo jamás me quedaré manco.

—No digáis eso, os lo ruego. Ya bastante culpable me siento por ella como para que vos ahora me andéis atormentando. Me consumo de indignación y rabia al saber que mi rechazo tanto sufrimiento os causa. Os juro que desearía amarla, que ambos fuerais felices, que mi corazón abriera sus puertas al dulce candor de Verania y que vos, Roberto, pudierais empuñar vuestra espada con ambas manos sabiendo que ella es amada. Lo desearía con toda mi alma..., pero no puedo.

—Os entiendo, y lamento haberos mostrado así mis pensamientos a este respecto. Respeto vuestra decisión y prometo no volver a intentar forzar vuestros deseos. Sería injusto que pensando en su felicidad me olvidara de la vuestra. Sin duda Verania encontrará a su caballero de dorada armadura y vos, vuestra doncella de noble casta.

Los dos hombres se fundieron en un fraternal abrazo.

—El destino es caprichoso y quién sabe lo que nos pueda deparar —dijo Conrado.

—Sí, ¿quién sabe? —contestó Roberto.



Cuando María entró en la alcoba se encontró a Verania llorando sobre el lecho. Suspiró fastidiada. Llevaba muchos años atendiendo a la hija pequeña del duque de Francia y

ya estaba más que acostumbrada a las continuas desgracias que assolaban la corta existencia de su querida Verania. Sin duda conocía al causante de esas lágrimas que a la sazón había sido el causante de tantas otras. ¡Ah!, qué hombre tan cabezota. Debería estar agradecido de que un ser tan dulce y hermoso como ella se hubiera fijado en semejante patán. Cómo se atrevía a hacer sufrir así a su Verania.

María se sentó en el lecho y suavemente acarició su pelo. Temblaba a causa del fuerte llanto. Al sentir su contacto, Verania descubrió levemente su rostro escondido tras las manos y lo dejó caer en el regazo de María.

—¡No lloréis más, mi niña! —intentaba consolarla—. Ese hombre no os merece, es un estúpido engreído que se permite el lujo de rechazar algo por lo que otros matarían. No os dejéis abatir por el desánimo y no permitáis que vuestros ojos derramen una lágrima más por ese necio corazón. Creedme, ¡él no os merece!

—¿Y quién me merece, María? Un noble rico y viejo que compre mi mano a mi padre y al que no pueda amar nunca. ¿Ese es el que me merece? ¿El que pueda comprarme? ¿Por qué es todo tan injusto? ¿Por qué nos hemos de enamorar de aquellos que no nos corresponden y sin embargo no somos capaces de amar a aquellos que nos aman? ¿Por qué ha de ponerme el destino su corazón en las manos si no me puede dar la llave? ¿Es acaso tanto lo que pido? Mi vida no tiene sentido si no es por su amor y él me lo arrebató cada vez que me rechaza. Una y otra vez me golpeo contra su muro cual frágil pajarillo al que apenas le quedan plumas en las alas. Debería volar hacia otros campos aprovechando ese pequeño hilo de vida que aún le queda y, sin embargo, prefiere morir en el intento de atravesar ese impenetrable muro. Mátalo antes de que muera. ¡Mátalo María!, porque si lo matas antes, morirá con la esperanza de creer que tal vez lo hubiera conseguido algún día.

—¡No digáis tonterías! —contestó—. No me gusta oírlos hablar así. —Levantó su cuerpo sujetándolo firmemente de los hombros—. No volváis a hablar así —le dijo mirándola a los ojos—. Ningún hombre por muy caballero que sea se

## CRISTINA AMOR

merece el sacrificio de una dama. Si esas puertas no se abren para vos, buscaremos otras y, si no las hay, llamaremos al mejor cerrajero de vuestro padre para que si no sois vos, nadie más pueda abrirlas. Pero no lloréis más, os lo suplico.

—¿Me prometéis que nadie abrirá esas puertas si no soy yo? —preguntó con voz trémula.

—Os prometo que mientras yo viva las puertas y ventanales del castillo Conrado permanecerán cerradas a cal y canto y ya me encargaré yo de guardar su llave a buen recaudo.

—Yo podría ser fiel guardiana de esas llaves, ¿no creéis? —sugirió divertida Verania.

—Si os laváis un poco esa bonita cara, arreglamos ese despeinado cabello y os cambiáis para ver a vuestro padre, tal vez me lo piense.

—¡Oh, vamos! Prometo ser buena —dijo mientras se levantaba de un brinco y se dirigía al pequeño cuenco con agua.

—Está bien —accedió María—. Os nombraré Caballero de la Puerta del Reino de Conrado. ¡Ah!, una última cosa —dijo misteriosamente—, si alguna vez dicho caballero hiciera uso de las llaves que custodia para intentar abrir esas puertas que antaño se le habían negado..., se quedará calvo —sentenció.

—¡No! —contestó Verania.

—Pues entonces se volverá gordo —rectificó María.

—¡Eso tampoco! —gritó.

Bueno, pues ya lo pensaremos más tarde. Ahora daos prisa en cambiaros que vuestro padre os espera para que sirvan la mesa.



Hugo Capeto, duque de Francia y conde de Orleans, había regresado a Senlis esa mañana después de haber pasado unos días en el palacio que su familia poseía en París. Su estancia no respondía a una cuestión personal, sino más bien había sido provocada por una solicitud expresa del monarca.